

tres días del mes de mayo de mil ochocientos cuarenta y tres.—**JOSÉ MARÍA ALFARO.**—Al Ministro General del Despacho, Señor Doctor José María Castro».

*Y con la mayor satisfacción y placer, lo comunico a Ud. para su inteligencia y efecto consiguientes, esperando de su recibo el aviso acostumbrado.*

San José, mayo 3 de 1843.

CASTRO.

(Mentor Costarricense, 13.—V.—1843).

## Frío...

FUE un domingo, allá en el campo cerca de la montaña. Habíamos vagado por bosques y potreros y estábamos fatigados. Al salir a un claro, oímos risas de niños, el piu, piu, de una voz femenina que llamaba a las gallinas y el cacareo de las aves que acudían.

A la vera del bosque, del otro lado del gran prado que teníamos al frente, se levantaba una casa de madera, con un jardinillo fronterizo, florecido de rosas bermejas. Un san miguel cobijaba el techo con el dosel de su follaje de un verde brillante constelado de botoncitos rojos. Del tejado subía hacia el cielo azul una columna de humo, que me hizo el efecto de una humildosa plegaria de acción de gracias, murmurada por una boca sonriente.

En el potrero había niños que jugaban entre terneros retozones y sus gritos tenían para el oído el mismo encanto que los botoncillos nacarados del san miguel, para los ojos.

Nos acercamos. La mujer que lanzaba los piu, piu, nos dió la bienvenida: era una anciana sonrosada y amable. En el corredor estaba su hija, la madre de los niños, una campesina hermosa y joven que amamantaba a un niño gordo, con hoyuelos en las mejillas, en los codos y en las manuzuelas. A su lado, el marido, un campesino robusto, todavía mozo, hacía reír a un chacalincillo que tenía en las rodillas.

Se nos pasó al interior que se componía de tres piezas muy limpias: dos dormitorios y una gran cocina con su fogón enorme en el que ardían, bajo una olla y un caldero, dos hogueras alegres y crepitantes. Sobre él, en un tabanco, había leña secándose. De la cadena colgaban ristas de ajos. La madera de la mesa y del moledero, estaba enrojecida a fuerza de frote. En las alacenas, loza y cacharros de metal relucientes. En un rincón, el horno de abultado vientre que puso mi imaginación aguijoneada por el hambre a

forjar fantasmas, con hornadas de bizcocho en donde el queso hacía hebras al comerse.

Se nos sirvió al poco rato, café y pan dulce de dorada corteza, amasado en casa, cuya miga dejaran amarillenta las yemas de los huevos que se emplearon.

Una sensación de bienestar me fué invadiendo poco a poco en aquella gran cocina tibia y limpia. Cada cosa llevó a mi espíritu un granito de humilde contentamiento: aquel fuego alegre que chisporroteaba y lanzaba haces de chispas juguetonas, y cuyas llamas tejían en torno mío un calor agradable; la madre y el mamoncillo, de carne que florecía en hoyuelos y nácares; el campesino de rostro jovial y manos callosas; la viejecita diligente que nos sonreía infantil mientras nos servía su café que aromatizaba la estancia; los dorados panes que al partirlos se esponjaban incitantes; los niños que llenaban el recinto de fresca y de inquietud. Por la ventana y la puerta abiertas entraba un sol que sabía a juventud y a ternura, una brisa saturada de olor de montaña; las burbujillas de música que salían del pico de un zoterré que anidaba bajo el alar y el canto lejano de un jilguero.

\* \*

Meses después tuvimos que hacer una excursión a la montaña vecina a la hospitalaria casita. Era un crudo día de invierno: caía una lluvia espesa, el trueno vagabundeaba entre las nubes y los bosques estaban envueltos en una densa neblina. Estábamos cansados; tiritábamos de frío y ansiábamos salir al claro para refugiarnos en la habitación en que otro día se nos recibiera amablemente. Mi imaginación se adelantó, y vió la columna de humo que subía entre el ambiente gris rayado por la lluvia, como una promesa de calor para el cuerpo y para el espíritu. Allí estaría la gran cocina con su fuego cariñoso que secaría mis ropas empapadas; sobre mi corazón pasaba la sonrisa de la esposa, la mirada leal y afable del marido, la encantadora bondad de la viejecita y la charla de

los niños: El cuerpo también pedía su parte y me parecía que tomaba a sorbos el café caliente y aromático. La sensación de bienestar que sintiera en aquel día de verano, sería ahora infinitamente más intensa... ¡Ah! ¡cuando estuviera cerca de ese fuego!

Salimos al claro... pero no había columna de humo, porque la casita no estaba allí. Nos acercamos: todavía se veían los huecos en que estuvieran sembradas las basas, y pedazos de tabla; quedaban restos del jardinillo y los rosales estaban ahogados por la hierba. El san miguel tendía sus ramas que goteaban, sobre el vacío, con un gesto que a mí se me antojaba de supremo desaliento. Cuando el viento lo sacudía, dejaba caer sobre este sitio desolado, una lluvia de pétalos color rosa... El fogón todavía estaba allí... Jamás he encontrado nada en mi camino que me produjese más frío, que aquel sitio que supusiera sustentando una hoguera, y que ahora se levantaba ruinoso bajo un cielo gris del que caía la lluvia implacable. El agua corría sobre él y arrastraba los últimos restos de la ceniza que dejara la leña allí quemada. Una racha de tristeza más helada que la que azotaba mi cuerpo en esos instantes, abatió mi pensamiento al recuerdo de aquel fuego tantas veces aforado con ternura, con la guirnalda de sonrisas tejida en torno suyo por los esposos, la anciana y los niños, que brilló amoroso y alegre en ese mismo lugar sobre el que ahora caía la lluvia y soplaban sin piedad el viento. Allí estaban todavía los tinamastes ennegrecidos por el humo. Sobre uno de ellos, el liquen comenzaba su labor destructora.

Alguien me contó después que la casita fué transportada muy lejos de allí, porque la pobreza obligó a su dueño a vender el terreno.

CARMEN LIRA

*Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de donde proceden.*



Para mal estar, pesadez de estómago, acidez y dolores de cabeza, debidos a digestión pesada, tome

## DIGESTOIDES

Pídalas en todas las boticas